

Perdón y reconciliación

¿Qué podemos aportar todos en general y cada uno de nosotros en particular al perdón, a la reconciliación a la construcción de la paz? Ésta es una pregunta que siempre nos tenemos que hacer como personas pertenecientes a una sociedad, marcada por signos de guerra, de violencia, de inequidad, de muerte, pero también una sociedad que se reconoce en sus orígenes y constitución como cristiana.



Por
Excelentísimo Señor Jorge Alberto
Ossa Soto,
Obispo de la Diócesis de Santa
Rosa de Osos (Antioquia)

Son esenciales al ser cristiano los principios de perdón, reconciliación, paz, verdad, justicia, reparación, responsabilidad, reconocimiento del otro, aceptación del hermano, confianza, amor; misericordia divina, misericordia humana. A propósito ¡cuánto hemos oído hablar en estos meses de perdón, reconciliación, paz! Quiero hacer un pequeño aporte desde la fe y no podría ser de otra manera para un sacerdote y pastor de la Iglesia, tratar de perdón y reconciliación precisamente desde el ámbito de la fe. Los conceptos sociológicos, o la diferencia entre perdón y reconciliación, corresponden a otros ámbitos. Recordemos desde el Evangelio lo que significa y se pide al creyente

cuando se llama a dejarnos reconciliar con Dios, con el hermano y con la naturaleza.

La reconciliación es un don de Dios

En la carta a los **Romanos 5, 6-11** escuchamos: “En efecto, cuando todavía estábamos sin fuerzas, en el tiempo señalado, Cristo murió por los impíos; en verdad, apenas habrá quien muera por un justo; por un hombre de bien tal vez se atrevería uno a morir; mas la prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros. ¡Con cuánta más razón, pues, justificados ahora por su sangre, seremos por Él salvos de la cólera! Si cuando éramos enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, ¡con cuánta más razón, estando ya reconciliados, seremos salvos por su vida! Y no solamente eso, sino que también nos gloriamos en Dios, por nuestro Señor Jesucristo, por quien hemos obtenido ahora la reconciliación”.

Observamos, en primer lugar, cómo Dios nos ofrece su amor, su misericordia, su perdón. La iniciativa procede de Él, hasta constituirse en la prueba fundamental de su amor para con los hombres. La prueba de que Dios nos ama consiste en que entregó a su Hijo y nos perdonó cuando éramos unos malhechores. Dios no miró si éramos bienhechores, justos, buenos, grandes personas; nos perdonó siendo aún pecadores, transgresores de la ley. Éste es el ejemplo, el modo de actuar de Dios; Él ama porque perdona sin condiciones. Si nos amó siendo pecadores cuánto más cuando nos ha reconciliado por su muerte en la cruz. La reconciliación de Dios con el hombre se obra a través del amor de nuestro Señor Jesucristo. Él nos eleva a una categoría nueva, nos hace sus hermanos; más aún nos participa de su divinidad, nos hace sus hijos. Esto es importante, somos hijos de Dios. Todo cristiano es hermano.

La pregunta práctica que se deriva de este acto de reconciliación de Dios es: ¿nosotros nos sentimos hermanos los unos de los otros? Actuamos cómo hermanos? Puede que sea mucho pedir a los hombres que se sientan hermanos; por lo menos ¿nos sentimos ciudadanos del mundo? ¿perdonamos al otro, digámoslo, ¿perdonamos al hermano cuando nos ofende?

La fe nos ofrece el modelo, el paradigma que debemos imitar. La acción de perdón de Dios es fundamental para la reconciliación que Él nos ofrece, de la misma manera no podrá haber reconciliación entre los hermanos, ni entre los hombres, sin el correspondiente perdón. No vamos a analizar qué significa el perdón, cómo debe ser el perdón, qué debemos perdonar, cómo debemos perdonar? hasta dónde debemos perdonar. Simplemente, sin perdón no habrá reconciliación por más pactos que hagamos. El perdón es el acto más grande de amor. Y amamos porque el otro es un hijo de Dios,

Escuchando al Señor Obispo

está elevado a esa dignidad. “El perdón no es fruto de nuestros esfuerzos, sino que es un regalo, es un don del Espíritu Santo, que nos llena de la purificación de misericordia y de gracia que brota incesantemente del corazón abierto de par en par de Cristo crucificado y resucitado... solo si nos dejamos reconciliar en el Señor Jesús con el Padre y con los hermanos podemos estar verdaderamente en la paz”. Papa Francisco.

Es inconcebible que entre personas y entre hermanos nos tratemos mal, que haya envidias, rencores, resquemores, sospechas, desconfianzas, mal trato, descortesía, mala educación.

Hoy seguimos siendo malhechores, hacemos el mal al otro. Cuántas veces consideramos al vecino un enemigo, un contrario, un rival. Se nos ha olvidado o no hemos aprendido humanidad. Somos injustos, intolerantes, insensibles frente a las necesidades del prójimo. Exigimos derechos y olvidamos nuestros deberes. Somos conflictivos. En nombre de la justicia y la defensa de los más débiles y de los pobres, hemos cometido atrocidades y mayores injusticias. Que decir de las extorsiones, de las presiones, de las amenazas y desplazamientos porque se piensa distinto; porque no se está de acuerdo con el otro o con su grupo. Me pregunto a menudo: ¿Quién autoriza para ejercer violencia sobre los demás? ¿Dónde está la tolerancia que tanto predicamos y exigimos para nosotros?

Miramos las situaciones y las cosas con el racero del interés personal y económico. Estamos perdiendo la mirada de lo trascendente y eterno, de tal manera que valoramos a las personas y las oportunidades por los beneficios económicos que nos representan y no por el

valor que en sí mismas tienen. Pablo VI decía que los personas valen no por lo que tienen, sino por lo que son y que estamos llamados a crecer en humanidad cada día más.

Esta llamada a crecer en humanidad es apremiante para nosotros en nuestra patria. Si queremos reconciliarnos con Dios y con el hermano, tenemos que aprender a amarnos, a respetarnos, a perdonarnos, a confiar en los demás.

Volviendo sobre las reflexiones de San Pablo. En los Corintios nos habla de que gracias a la reconciliación en Cristo, somos criaturas nuevas; “El que vive en Cristo es una nueva criatura: lo antiguo ha desaparecido, un ser nuevo se ha hecho presente.” (2 Cor 5,17) Vivir como criaturas nuevas es uno de los grandes aportes que le hace la fe, la Iglesia a un proceso de reconciliación. Es toda una tarea que tenemos por delante de reeducación en los principios y valores humanos y cristianos. Formar nuevamente las conciencias en el respeto de la dignidad y grandeza de toda y cada persona. Dejar lo viejo; los viejos vicios del pecado e iniciar con la gracia de Dios el camino de la conversión, del cambio.

La reconciliación es un camino posible, si reconocemos en cada y en toda persona un hermano. Éste es un aporte de fe, fundamental. Cada hombre o mujer es mi hermano, es hijo del mismo Dios y Padre. Por ser un hijo de Dios, lo valoro, lo respeto en toda su dignidad. Si Dios derriba las enemistades ¿por qué no yo?

Ya se dijo que el camino de la reconciliación es en primer lugar una obra que parte de Dios, Él nos perdonó y nos llamó a ser hermanos. Él derribó el muro del odio que nos separaba y ha hecho

un solo pueblo y un hombre nuevo. Pero también la Reconciliación parte del reconocimiento de la grandeza y dignidad de toda persona. Nos toca ir por este camino en la aceptación de las diferencias, en el reconocimiento de las cualidades.

A la verdad le pertenece el reconocer y aceptar lo que somos, lo que hemos hecho. Pudiéramos decir que la aceptación y reconocimiento hacen parte de una primera verdad inherente a toda persona. Cuando hay diferencias, odios, rencillas, sospechas, dudas, rumores, calumnias, injusticias, violencia, es necesario volver a la verdad. Decirla con sinceridad y humildad de tal manera que genere confianza, que abra puertas, que posibilite por una parte el perdón y por otra la reparación donde hubiere lugar a ella. El perdón cristiano, la reconciliación entre hermanos, es un tender la mano, es un ofrecimiento generoso para volver a creer y confiar en el otro; pero tiene que ser al mismo tiempo todo un esfuerzo por retirar las causas que ocasionan la división, la separación, la injusticia, la violencia. Cristo derribó el muro del odio, nosotros también debemos derribar muchos muros que nos separan y no dejan ver la bondad.

Hoy, en nuestra patria, tenemos una tarea larga de educación de formación de las conciencias en la verdad, en la aceptación del otro como es, en el respeto de las normas fundamentales para la convivencia, en la cultura, en la urbanidad, en el cariño, en la bondad, en la amabilidad. Tenemos que trabajar por ser justos y darle y dejarle a cada quien lo que le pertenece y necesita. Tenemos que aprender a confiar en los demás, más que en nosotros mismos. Tenemos que crecer en humanidad, cada día más.